

FELICES 140:

LA ENVIDIA NECESITA

UN ROSTRO

No me resisto a pensar que muchos de vosotros encontraréis de una hipocresía supina que me empeñe en equiparar a una virgen vestal y a una ganadora de La Voz. Sé que podría considerarse de una demagogia insultante pretender hallar analogías entre una doncella escogida de entre los gentiles para albergar en su vientre al dios de nuestros abuelos, y una única acertante de los Euromillones tocada la fortuna para atesorar en su cuenta corriente al único dios verdadero en la actualidad. Pero lo haré...

Rubén Chacón

@vidaesjuego

Se llama Coelia Concordia, hoy cumple 40 años y es una de las personas más célebres de toda Roma. Cuando era sólo una niña, los hados le concedieron la gracia de que fuese escogida para guardar el fuego sagrado, labor a la que ha dedicado tres cuartas partes de su existencia. Siempre ha sabido que respondería con su propia vida si fuera preciso en el caso de que la llama de Vesta llegase a extinguirse entre sus manos, o si con su conducta impura, se mostrase desmerecedora de los privilegios y los honores que su condición de virgen vestal le brinda. Y así es como debe ser: después de contemplar once mil amaneceres al pie del Monte Palatino, ha llegado a la conclusión de que la ubicación de la Casa de las Vestales, en pleno Foro romano, no es azarosa, y que su diligente labor como custodia de la llama es fundamental para la continuidad y la seguridad de todo el imperio. En sueños, la diosa le ha anunciado que precisamente hoy será nombrada Virgo Vestalis Maxima. También le ha sido revelado que ella será la última Vestal Superiora de Roma y que, su sumo sacerdocio concluirá dentro de catorce calendas, momento en que el emperador Teodosio El Grande establecerá el cristianismo como religión oficial del imperio y decretará la disolución definitiva de la orden. En su infinita bondad, Vesta ha enjugado sus lágrimas, asegurándole que ella seguirá rigiendo los designios de los hombres bajo la apariencia del dios crucificado, y que la llama seguirá brillando en otros templos...

Al despertar aquella soleada mañana de su 40 cumpleaños, aparte de éste, Elia recordó otros sueños recurrentes, muy similares y cargados de significado: en ocasiones era Delia, doncella ateniense, embarcada con gran boato destino de la isla de Creta y honrada con el privilegio de servir de alimento al supuesto minotauro que habitaba en el interior de su intricado laberinto... Otros la transportaban hasta una época oscura en la que, bajo el nombre de Nelia, diligente curandera y culta herborista, era acusada de brujería y pasto de las llamas por aspirar a ser libre y no contraer matrimonio...

Antes de levantarse de la cama, aún se quedó un buen rato reflexionando. No podía dejar de apreciar cierto paralelismo entre sus vicisitudes oníricas y las de los protagonistas de películas como Matrix (Wachowski, 1999), The Island (Bay, 2005), o El Francotirador (Eastwood, 2014). Un aciago pensamiento se cernía sobre

ella: Hay ocasiones en que somos más valiosos muertos que vivos. “Tengo que dejar de ver tantas películas”, esa fue la conclusión a la que llegó y que le sirvió como acicate para incorporarse y meterse en la ducha. Lejos estaba siquiera de sospechar que los acontecimientos que le ocurrirían en los próximos días bien podrían servir para elaborar el guión de una. Como *Felices 140*, el séptimo largometraje de Gracia Querejeta, en la que Elia (Maribel Verdú) es la “afortunada” poseedora de un boleto de los Euromillones premiado con un bote de 140 millones de euros. Embriagada por el entusiasmo, decidirá invitar a sus más allegados a pasar un fin de semana en una casa rural tinerfeña de ensueño. Aquí es donde unos dirán que para compartir su felicidad, mientras que otros creerán ver que es para restregárselo por la cara (pronto veremos que quizás ni unos ni otros estén equivocados). Y, en apenas unos minutos, asistiremos a una extraña alquimia en la que el privilegio cobrará sabor a culpa, y en la que los amigos (que para eso están) no tendrán ningún inconveniente en aplicar un castigo ejemplar.

Elegidos para la gloria

Tras el visionado de un filme, como también ocurre al estudiar la historia con unos cuantos siglos (o kilómetros) de por medio, es sencillo reparar en que todos los personajes sacrificados *ad maiorem gloriam* de la trama (léase sistema), lejos de considerarse víctimas por parte de la sociedad a la que pertenecían, se les ensalza cuales héroes: son los elegidos. Poco importa que a las personas designadas les aguarde una certera muerte (aunque sea en vida), pues lo realmente significativo es que fueron y han sido reverenciados, elogiados e incluso envidiados por las gentes de su tiempo.

Seguramente hoy, por muy bonita que fuese nuestra hija, no nos sentiríamos en absoluto honrados si los nuncios de Vesta (o inclusive de Jesucristo) la escogiesen, para permanecer enclaustrada y lejos de nosotros, al servicio de una creencia obsoleta. Sin embargo, no nos sería tan fácil rechazar la “oportunidad” si nos la presentasen los emisarios de Miss Universo (o Miss Cuenca), y si fuese nuestra misma hija la designada, para permanecer enclaustrada y lejos de nosotros, al servicio de una creencia vigente.

Sin embargo, el contraste se hace todavía más notorio y controvertido si empleamos un relato contemporáneo que es interpretado de forma diametralmente opuesta en función de la distancia a la que nos situemos de su epicentro emocional. Permitidme que vuelva a emplear como ejemplo, el visionado de *El Francotirador*, de Clint Eastwood (2014). Para la mayoría de los antibelicistas, el relato de la vida (y sobre todo de la muerte) de Christopher Kyle es el de un asesino a sueldo del sistema y una clara denuncia de la propaganda sistemática que emplea el *establishment* norteamericano para, a través del patriotismo, justificar su propia *yihad*. Mientras que para los partidarios de la “santidad” las guerras preventivas, de la exportación del modelo capitalista y de la lucrativa política de librar las contiendas siempre fuera de casa, el film de Eastwood es, claramente, un homenaje a uno de los mayores héroes de la historia militar estadounidense. En resumen, parece mentira que hayamos visto la misma peli...

¿Por qué ocurre esto...? Contestar a esta pregunta es muy sencillo. Comprender la respuesta..., eso sí que es otra película.

La venganza de los resentidos

Desde el principio de los tiempos, siempre ha existido una minoría dirigente (aristócratas, patricios, nobles, castas, miembros de un supuesto [club bilderberg](#)...) que ha impuesto sus relatos sobre una mayoría dirigida (esclavos, siervos, plebeyos, vasallos, proletarios...). Esta es la parte fácil de entender; a partir de aquí es donde se complica el argumento.



En su *Genealogía de la Moral*, nos explica Nietzsche que, en un primer momento, el término “bueno”, es usado por los fuertes y superiores para autodesignarse, toda vez que toman conciencia de la distancia que les separa de lo bajo, servil y plebeyo, lo cual, por contraposición, será calificado de no bueno: de “malo”, simple, villano, vulgar, mediocre. Este *pathos* de superioridad confiere a los primeros el derecho de acuñar valores que, más allá de toda utilidad, designan a los individuos en virtud de las cualidades que poseen o no poseen.

Muy por el contrario, los impotentes y los débiles se vengan de su superioridad denigrando sus cualidades y llamándoles “malvados”. La voz que aquí resuena es la del instinto de rebaño, que considera “buenas” todas las cualidades propias de la condición gregaria: la compasión, el amor al prójimo, la humildad, la abnegación, el sentimiento de igualdad...

Aunque numéricamente parezca contradictorio, los dominados conforman un conjunto mucho más homogéneo y cohesionado. Mientras que es precisamente entre las exiguas clases dirigentes, donde surgen las luchas intestinas por la ostentación del poder. De modo que, históricamente, dentro de los señores, se distinguen pronto las castas guerreras de las sacerdotales, las cuales, ante su falta de aptitudes corporales, inventan las cualidades supremas del espíritu. Se trata de individuos pasivos e intimistas, fomentadores de ideales inalcanzables y de sentimientos intensos que acaban debilitando y neurotizando al colectivo.

De la rivalidad entre la casta guerrera y la casta sacerdotal surgen los “estupefacientes” y promesas de felicidad que permiten a los resentidos soportar su desgracia, mentársela, olvidarla. “El opio del pueblo” marxista que, además de servir como lenitivo para aliviar el dolor de la impotencia, se muestra muy eficaz a la hora movilizar a los desposeídos ora en beneficio de una parte de la casta, ora en favor de la otra.

Los hechos suceden de un modo natural –continúa Nietzsche- y aparentemente irremediable, porque pretender que el fuerte no quiera dominar, someter, apoderarse de algo, que no ansie enemigos, resistencia y victorias, resulta tan absurdo como pretender que se muestre fuerte el débil. De manera que a éste último no le queda otra defensa que asumir como cierto el discurso sacerdotal y desplazar la lucha a otro terreno: el de la imaginación resentida que crea seres ficticios, que elabora ideales. Se presume que, en este mundo de fantasmas, las voluntades de los individuos son libres y responsables de sus actos. Mediante ellos el sujeto adquiere mérito y demérito, se hace susceptible de recibir premios y castigos en esta vida o preferentemente en la que vendrá después de la muerte. Ser débil por necesidad se convierte así en un

mérito, en un tinte de gloria que permite a los lisiados, a los impotentes, a los enfermos y desposeídos situarse en la cima de la calificación moral y esperar la bienaventuranza eterna.

La conciencia y la lucha de clases –como bien supo apreciar Marx- es el motor de la historia. Y la historia de la humanidad es la crónica de una batalla sin cuartel, trufada de incestuosas alianzas temporales, entre las clases poderosas por la concienciación de la masa débil para emplearla como carne de cañón en su afán por derribarse mutuamente del trono. “Cada vez que se ha producido un resurgimiento de la moral aristocrática, el resentimiento plebeyo se ha alzado contra él asegurando el triunfo de los desposeídos”. Aficionado como era a este tipo de aforismos filosóficos, el propio Nietzsche era consciente de que, la mayor parte de las veces es necesario un relato de más de dos horas para llegar a comprender la idea en su sentido más amplio. Y *Felices 140* no es más que eso, una eficaz reflexión sobre este aforismo del filósofo prusiano, acuñado hace 130 años.

El placer de hacer sufrir

Para Nietzsche la crueldad no solamente forma parte de la esencia del hombre, sino que constituye uno de sus instintos más básicos: el placer de ver el dolor y hacer sufrir. Un gozo tan sádico como hipócrita. Pues lo cierto es que el instinto de crueldad es un trasfondo oculto de la cultura humana convenientemente camuflado



en las prácticas penales de los pueblos moralizados, en los que la mal llamada “conciencia”, lejos de ser “la voz de dios en el hombre”, como se suele creer, sería el propio instinto de crueldad revolviéndose contra el interior del propio sujeto, toda vez que “el contrato social” nos impide descargarlo hacia fuera, so pena de recibir un castigo.

Solemos dar por hecho que los castigos se imponen para responsabilizar al malhechor de sus actos, es decir, partiendo del supuesto de que sólo se debe castigar al culpable. Sin embargo, si nos tomamos la molestia de pensar en la cronología emocional de un castigo (el que sea), de diseccionarlo minuciosamente, llegaremos más bien a los modos con los que todavía hoy castigan los padres a sus hijos. Esto es, no con la intención de reconducir el comportamiento hacia la excelencia, no desde el altruismo y el amor incondicional que procura ante todo la adaptación social por parte del amonestado por su propio bienestar, sino dejándose secuestrar emocionalmente por la ira que suscita un daño sufrido, la cual se descarga sobre el que lo ha causado.

Sobre esta ira que despierta el hecho de haber tenido que soportar un daño inesperado incide el razonamiento que dice: quien causa un dolor debe sufrir un dolor en compensación por el mal realizado. Esta interpretación que confiere un sentido al castigo surge en el contexto de la antiquísima relación contractual que se dio entre un acreedor y un deudor, del que algunos autores como Durkheim infieren que nuestra [moral es mercantilista y orgánica](#), que persigue anular el secular perdón (como forma de restitución que evite que la reciprocidad humana se quiebre), para conferirle mayor valor a las producciones económicas, valorando sólo las consecuencias pragmáticas de un daño producido, las cuales son además irreversibles. En esta tesitura, el deudor, para asegurar al acreedor el cumplimiento de su promesa de devolverle lo que se le ha prestado, se compromete a soportar un dolor en caso de no hacerlo. Ello otorga al acreedor la posibilidad de experimentar un enorme gozo: “la sensación de bienestar del hombre a quien le está permitido, sin escrúpulo ni consecuencia alguna, descargar su poder en un impotente, el goce de hacer

mal por el poder de hacerlo, el goce que causa tiranizar al alguien; goce cuya estimación está en razón directa de lo profundo y bajo que sea el nivel en el que se halla el acreedor respecto al orden social”, concluye Nietzsche.

Cuando elegimos ser despreciables

No son muchos los autores que, como Nietzsche, tengan el coraje y el “mal gusto” de afrontar sinceramente las realidades que habitualmente preferimos obviar sobre la verdadera naturaleza del ser humano. Por ello es muy de agradecer que Jared Diamond, con su libro ganador del Pulitzer: *Armas, gérmenes y acero*, nos cuente la auténtica, apasionante y brevísima aventura que es la evolución de nuestra especie en contraposición con la otra verdad, relativa y novelada, que han intentado vender los historiadores. A través de su obra, Diamond nos hace comprender que hay dos formas de abordar el asunto de la crueldad humana. La primera y la que de menos predicamento goza (precisamente por su crueldad) es la que llega a través de la ciencia, en concreto de la biología. La tesis o una de ellas, en lo que concierne al ser humano y sin darnos por fin tanta importancia, sostiene que todo tiene que ver con el instinto que poseemos íntegramente por lo que somos, animales muy listos pero animales al fin y al cabo.

En esta idea profundiza, [como tuvimos ocasión de ver el mes pasado](#), con su inteligente, implacable y brillante *Fuerza mayor*, el sueco Ruben Östlund, película que nos invita a reflexionar sobre la naturaleza del ser humano y los actos que pueden llegar a cometerse en situaciones extremas e inesperadas. Pero otra cosa bien distinta es aproximarse al asunto de la vileza humana a través de la ideología, la crueldad reflexionada, sopesada, decidida, alevosa y premeditada. La que tiene que ver con las experiencias vitales, con el maltrato, con el chantaje, con la corrupción, con la insostenibilidad de nuestro estilo de vida, la perversidad de nuestro sistema económico, o la indignidad que demostramos al profesar devoción a un determinado partido político. Según Frank Capra, las personas somos buenas independientemente de nuestras vivencias, la esperanza del director norteamericano hacia nuestra especie es agradable y contagiosa, y lo demostró durante toda su carrera con obras maestras como *Juan Nadie* o *Qué bello es vivir*. Sin embargo, en España la tradición es otra, la del pesimismo.

Azcona contaba que cuando su familia celebraba algo en su casa, se cantaba, se bailaba y se reía hasta que su madre callaba, ensombrecía el rostro y decía: “Ya lo pagaremos”. Este pesimismo cultivado por una época cruel en nuestro país, por la guerra y por los numerosos cambios de un ruidoso siglo XX es el que contagió al guionista de *Plácido* o *El verdugo* durante toda su vida y que le hizo dibujar personajes hipócritas, despreciables, irrisorios y casi ridículos. La magia estaba en que Azcona le echaba tanto cariño y buen gusto que esos personajes también eran entrañables. Gracia Querejeta, sin embargo, no es tan benevolente, y nos ofrece un bodegón preñado de claroscuros del pecado capital español por antonomasia: el placer de generar envidia y el placer de castigar al culpable de provocarla.

La madre de Azcona, al igual que el personaje de Elia (o cualquiera de los españoles que sentimos que en nuestro ADN hay una generosa dosis de mezquindad y que otra no menos parca la hemos mamado), como buena concedora que es de la moral esclava imperante en el rebaño, más que alegrarse, teme tener algo que celebrar, porque es consciente de que con ello suscitará las envidias de sus prójimos y, en consecuencia, deberá estar dispuesta a afrontar con abnegación el castigo que la grey le imponga en compensación por el dolor causado. Pues si bien el resentimiento por parte de los débiles contra los poderosos es el magma, que en ocasiones erupción pero mantiene con vida nuestra historia, la rabia, el rencor y la inquina que genera entre los borregos que uno de sus miembros abandone el aprisco, derivan en una de las condenas más peligrosas, crueles e imprevisibles que existen: la venganza por envidia.

Una envidia bien cultivada, bien educada, bien cocinada a fuego lento y bien sazonada (siguiendo al pie de la letra la tradicional receta española) provoca en su comensal los mismos retortijones, las mismas flatulencias y las mismas diarreas subjetivas que las producidas por los raptos emocionales de rabia, indignación, frustración y afán de venganza que cabrían esperarse en las víctimas de crímenes muy graves

cuya alevosía y premeditación por parte de los ejecutores fuesen perfecta y completamente objetivas y demostrables ante un tribunal de justicia. Sin embargo, los envidiosos son conscientes de que ninguna corte penal aceptará la causa contra el envidiado. Por lo que se impone recurrir a métodos de sanción más subversivos.

La persona generadora de envidia, por su parte, al proceder de baja extracción, se avergüenza de ser feliz y considera que su dicha es una ignominia, dada la cantidad de miseria existente a su alrededor. Se autopresupone culpable porque ya se sabe distinta a los que hasta el momento eran sus iguales. Aunque no lo quiera, ha de abandonarlos, pues sabe que, bajo el embrujo de la envidia, sus allegados, lejos de alegrarse de su triunfo, tomarán conciencia dolorosamente de sus propias carencias, frustraciones y miedos. Sabe que, incapaces de librarse de sus complejos de inferioridad, necesitarán canalizar su insatisfacción juzgándola, criticándola, vengándose de ella. Consciente de su “traición” se predispone mansamente, bajo los efectos de lo que se conoce como [Síndrome de Solomon](#), a recibir el castigo por su “falta”. Pero en su fuero interno sabe que es injusto, que ella no ha hecho nada para recibir tan severa punición. Ante la total imprevisibilidad y la completa certeza de que será víctima de un ataque, subconscientemente comienza a elaborar intrincados planes defensivos que, en ocasiones, se transforman a su vez en ataques preventivos.

De este modo, tanto los envidiosos como los envidiados ejecutan una coreografía atávica, largamente ensayada y perfeccionada por los siglos de los siglos. La danza de los planes ocultos: en la que deseamos hacer creer a los demás (y a veces incluso a nosotros mismos) que nuestro rumbo y nuestras intenciones son unas, cuando en nuestro fuero interno deseamos dirigirnos y alcanzar unos objetivos muy diferentes...

Los planes ocultos

A Gracia Querejeta también parece hacerle especial gracia este juego de las incongruencias entre nuestros objetivos manifiestos y los que ocultamos, pero que determinan nuestra vida. A través de distintas secuencias estratégicamente dispuestas, la directora madrileña nos muestra los “dos planes” de cada uno de los personajes que componen el lienzo de *Felices 140*. Por un lado, el plan consciente, “oficial”, que sirve de fachada al otro, el plan oculto, que domina la conducta de los protagonistas. Sin embargo, Querejeta no es pionera al emplear esta discordancia entre el plan implícito y el plan explícito como trasfondo en su película. Encontramos ya este mismo recurso como motor dramático de algunas de las principales tragedias griegas, de entre las que cabría destacar la de *Edipo Rey*. En ella, el plan oculto de Edipo es matar a su padre y casarse con su madre, mientras que su plan vital consciente y deliberado es evitar este crimen a toda costa. Pero el plan oculto tiene más fuerza: en contra de su intención, y sin saber lo que hace, vive de acuerdo con él.



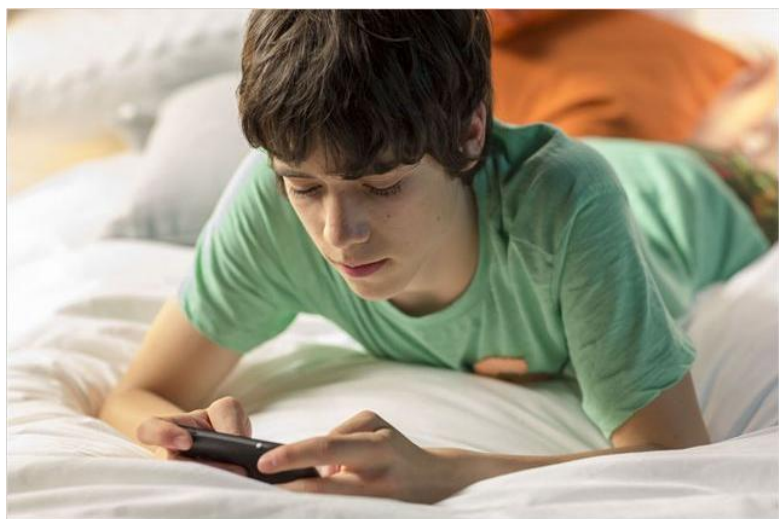
Así también ocurre con el personaje de Elia, quien se escuda en una amable invitación “con todos los gastos pagados” para celebrar su cuatrigésimo cumpleaños, cuando en realidad, su plan oculto (y del que quizás no es ella del todo consciente), es “vengarse” de sus amigos y familiares, erigiéndose como objeto de adoración, propiciando su envidia y pretendiendo que, a la par que todos ellos reconozcan su superioridad, se plieguen a su voluntad. Y, al igual que le ocurría a Edipo, es la fuerza de las motivaciones inconscientes la que propicia una serie de desafortunados acontecimientos la que transforma lo que en potencia podría haber sido una gozosa vida repleta de lujos, placeres y comodidades, en la tragedia griega por antonomasia, con la muerte del ser amado, ostracismo y defenestración protagónica incluidos. Por no mencionar la incómoda sensación en el espectador de que nadie está exento de este tipo de discordancias entre nuestros objetivos vitales, así como la reveladora certeza de que, en tanto en cuanto no estemos en disposición de conciliar nuestros planes ocultos y conscientes, probablemente lo mejor que nos pueda ocurrir es que la vida no nos coloque en la tesitura de la reina Elia o la del rey Edipo.

El grado de discordancia entre el plan consciente y el inconsciente varía muchísimo entre las personas. En un extremo, estarían los justos, los iluminados (como Jesucristo, Buda o Gandhi) que no tienen plan oculto por haberse desarrollado tanto que han llegado a estar totalmente de acuerdo consigo mismos y no necesitan reprimir nada. En el otro extremo encontraríamos a los Lex Luthor, los Moriarty, o los Frank Underwood, para los que no hay plan oculto que valga, porque se han identificado con su yo “maligno” hasta tal punto que ni siquiera tratan de venderse a sí mismos que tienen un “mejor yo”. Tanto los unos como los otros fascinan al común de los mortales precisamente porque la mayoría de nosotros nos encontramos en ese desconcertante punto intermedio en el que se producen las grandes contradicciones entre los dos planes que provocan conflictos graves, inseguridad, dudas y, sobre todo, envidias.

¿Quiere ello decir que en realidad somos traidores, mentirosos, chantajistas y sádicos, sólo que lo encubrimos y lo no representamos en nuestra conducta manifiesta? Esto es lo que puede significar de veras si traicionar, mentir, chantajear y torturar son nuestras pasiones dominantes; y esto es lo que significa en no pocos, precisamente los menos interesados en realizar tales descubrimientos.

De pequeño me enseñaron a querer ser mayor...

Probablemente, el único personaje que se salva de la “quema” en *Felices 140* es el de Bruno (Marcos Ruiz). Tiene una coartada perfecta: aún es lo suficientemente joven como para que su psique haya comenzado a soterrar parte de su plan vital en las lóbregas y frías mazmorras del subconsciente. “El niño –argumenta Erich Fromm en *Del Ser al Tener-* desde sus primeros años, observa a los adultos, sintiendo ya oscuramente la realidad tras la fachada, y se hace consciente de la persona que se oculta tras el personaje. De adultos, observamos a menudo los afanes inconscientes de otros antes de aprender a observarlos en nosotros mismos. Tenemos que ser conscientes de lo que hay oculto en otros, porque lo que ocurre en nuestro interior no es sólo intrapsíquico, no puede comprenderse sólo estudiando lo que sucede entre nuestras cuatro paredes, sino que es interpersonal, lo cual quiere decir que hay una red de relaciones con los demás y en las relaciones de los demás conmigo”.



No sería tan difícil para el individuo comprenderse sin engaños si no estuviese expuesto constantemente a que le laven el cerebro y lo priven de la capacidad de pensamiento crítico. Le hacen pensar y sentir lo que no sentiría ni pensaría si no fuese por las ininterrumpidas indicaciones y los perfeccionados métodos de condicionamiento a los que se ve sometido. A menos que pueda ver el sentido real que se esconde detrás de las ambigüedades, y la realidad tras los engaños, será incapaz de conocerse a sí mismo tal como es, porque sólo conocerá al que quieren que él sea.

¿Qué puedo saber yo de mí mismo, mientras no sepa que el yo que conozco es, en gran parte, un producto artificial? Que la inmensa mayoría de la gente, incluido yo mismo, miente sin saberlo; que “defensa” significa “guerra”, invitación significa argucia, deber es sinónimo de sumisión, héroe de víctima, agraciado de perjudicado, virtud de obediencia, y pecado de desobediencia; que la idea de que los padres aman por instinto a sus hijos es un mito, que tras supuestos lazos de amistad y parentesco se agazapan habitualmente insidiosas varas de medir, envidias malsanas, neuróticas competencias soterradas y mezquinos ajustes de cuentas; que la fama y el prestigio muy pocas veces se deben a cualidades humanas admirables, como tampoco a logros verdaderos; que la historia es un texto falseado por los vencedores, que la modestia excesiva no siempre es prueba de carencia de vanidad; que el amor es lo contrario del ansia y la codicia, que todo el mundo trata de justificar las malas acciones e intenciones aparentando que son nobles y benéficas, que la búsqueda de poder significa persecución de la verdad, de la justicia y del amor, que la sociedad industrial de hoy se orienta por el principio del egoísmo, del tener y del consumir, no por los principios del amor y del respeto a la vida que proclama. A menos que pueda analizar los aspectos inconscientes de la sociedad en que vivo, no podré saber quién soy, porque no sabré qué parte de mí no es mía.

A través de Bruno, Gracia Querejeta nos incluye a cada uno de nosotros en el reparto. No nos prepara ni nos pregunta si deseamos ser juez y parte de esta pantomima, al igual que nadie nos aleccionó ni nos consultó para la venida a este laberinto de espejos que es la vida misma. Como él lo es en el caso de sus propios padres, nosotros somos testigos de excepción de los planes conscientes y ocultos del resto de los personajes. Aunque quisiéramos, no nos podemos sustraer del encubrimiento y la falsedad patentes (aún antes de que el filme alcance su primer giro dramático). Como le ocurre a él, nos incomoda ser partícipes de tamaña discordancia entre los discursos y los anhelos; y aún nos contraría más reconocernos calladamente en las formas y los fondos de tan sórdidos personajes. Los deudores de Frank Capra, partidarios de la amabilidad y el “buenismo” *carygrantiano* necesitamos creer que todo el mundo es bueno para poder conservar la fe en nosotros mismos. Los “realistas” dirán de nosotros que tenemos buena intención pero que somos ingenuos y que estamos en las nubes (o sea, que somos tontos). Que no tenemos la suficiente firmeza de convicción como para creer en las fecundas posibilidades del hombre sin cerrar los ojos a la maldad y a la perversidad de individuos y grupos, y que por ello toda gran decepción nos empujará a la depresión, por no saber ya en qué creer.

“Ser ingenuos y fáciles de engañar es hoy más inadmisibles que nunca, puesto que el predominio de la falsedad puede llevarnos a una catástrofe, porque cierra los ojos a los verdaderos peligros y a las posibilidades verdaderas –nos advierte Fromm-. La fe en la vida, en uno mismo y en los demás, ha de edificarse sobre el terreno firme del realismo; es decir, sobre la capacidad de ver el mal donde está, de ver la trampa, la destructividad y el egoísmo, no sólo cuando se presentan a cara descubierta, sino también en sus muchas máscaras y disfraces. Verdaderamente, la fe, el amor y la esperanza han de ir acompañados de tal pasión por la realidad en toda su desnudez, que el ajeno puede verse inclinado a llamar “cínica” esta postura. Pues que sea cínica, si entendemos como tal el no querer que nos tomen el pelo con las mentiras agradables y sabrosas que llenan casi todo lo que se dice y se cree”. Pero este tipo de “cinismo” no lo es en realidad: es crítica intransigente, es negarse a tomar parte en un sistema de engaños. El maestro Eckhart supo expresarlo muy breve y escuetamente cuando nos invitaba a practicar la inocencia del que “no engaña a nadie, pero por nadie de deja engañar”.

En verdad, no puede negarse que la adopción de un espíritu intransigente para con la falacia social como para con el autoengaño es muy difícil. Quizás sea este el motivo más importante de su poca difusión y su escaso predicamento. Mas también, como cualquier otro camino iniciático que conduzca a la clarividencia y el bienestar, ha de serlo obligatoriamente. Nadie ha expresado esta dificultad de manera más sucinta que Spinoza al final de su *Ética*: “Aunque la vía que conduce a ese logro parece muy ardua, sin embargo es posible hallarla. Y arduo, ciertamente, debe ser lo que tan raramente se encuentra. En efecto: si la salvación estuviera al alcance de la mano y pudiera conseguirse sin gran trabajo, ¿cómo podría suceder que casi todos la desdeñen? Todo lo excelso es tan difícil como raro”.

Sacrificios humanos

Una de las falacias más comúnmente aceptadas en nuestra cultura es que el castigo tiene por finalidad extirpar la conducta que los adultos sancionan negativamente y pretenden “corregir”. Muy por el contrario y por lo general, la punición endurece y vuelve frío, concentra y aumenta el sentimiento de aversión, fortalece la capacidad de resistencia. Permitidme reiterar que el móvil que impele a aplicar castigos, a



hacer sufrir al prójimo, siempre es gratuito, y que no es otro que el mero placer que causar dolor reporta, más allá de todo cálculo utilitario. Trasladando esta relación entre individuos al contexto de los vínculos existentes entre una comunidad y cualquiera de sus miembros, la crueldad aparece ante el castigo revestida de las características de un acreedor, habida cuenta de las “enormes ventajas” que reporta la vida en sociedad a cada sujeto (deudor). De este modo, la comunidad, como prestadora de beneficios, se arroga sobre sus miembros el derecho de dispensar terribles castigos en el caso de que alguno de éstos no sepa responder a las ventajas recibidas.

Cuando aumenta el poder de la comunidad, ésta puede permitirse el lujo de “proteger” a ciertos transgresores de la ira que despiertan en los individuos a quienes han perjudicado de un modo directo (a través de indultos, perdones y otros privilegios reservados para los más poderosos y seguros de sí mismos). Pero si hay algo que la historia ha demostrado a los poderosos, es que no conviene abusar de estas prerrogativas, pues la ira, como el gas de una olla a presión, si no se deja salir poco a poco por la válvula, tarde o temprano hará estallar toda la cocina. De modo que si los poderosos no desean dejar de ejercer su “derecho natural” a gozar de exenciones, dispensas e inmunidades y los desposeídos quieren ver aliviadas la rabia y la frustración que les genera su propia condición, la solución es muy sencilla: alguien tiene que pagar el pato. Necesitamos un chivo expiatorio, una cabeza de turco..., un sacrificio humano, el cual, como veremos, cumple una doble función, pues si por una parte sirve para sublimar y exorcizar las injusticias y las frustraciones de la vida en sociedad, por la otra contribuye a consolidar el relato del que se sirve cualquier régimen para autojustificar su existencia.

La primera de las características que podemos observar en los sacrificios humanos es que, al ser los hombres y las mujeres los recursos más valiosos con los que cuenta cualquier grupo social, el imaginario colectivo, automáticamente deduce que al tener que prescindir de un activo tan preciado como es la vida de

uno o varios súbditos, la clase dirigente no lo hará voluntariamente. De lo que la clase dirigida infiere a su vez que, si sus dirigentes se ven forzados a llevar a cabo sacrificios humanos, lo hacen para satisfacer las demandas de un poder aún más elevado. Por ende, se deduce que si existe una fuerza aún más poderosa que la de los poderosos, ha de ser la de un ente extraordinariamente colosal, incluso divino. Moraleja: mejor no ponemos a prueba la veracidad del relato por miedo a sufrir la cólera del coloso o la deidad.

Otra característica imprescindible de todo sacrificio humano es encontrar un buen eufemismo para denominar a las víctimas (héroes, elegidos, afortunados..., suelen funcionar). Ya que los sacrificados nunca van a extraerse de entre las clases dirigentes, al menos han de ser miembros ciertamente sobresalientes (por su belleza, ingenio o patrimonio) de entre las clases dirigidas. Por expresarlo escuetamente: Han de ser los mejores de entre los peores. Paradigmático por su antigüedad y crudeza es el holocausto que dios ordena a Abraham practicar en la figura de su hijo Isaac; el mismo dios no envía a un cualquiera para que sea sacrificado en la cruz, sino a su propia sustancia; las vírgenes vestales y aquellas elegidas como ofrenda para el minotauro no eran sino las más bellas... La calidad del sacrificio otorga credibilidad y coherencia al relato. ¿Acaso alguien se imagina a los EE.UU. entrando activamente en una guerra mundial o invadiendo el golfo pérsico si los ataques foráneos en lugar de victimizar a los mejores en Pearl Harbor y el World Trade Center respectivamente, hubiesen ido dirigidos sobre los presos de Alcatraz o los vagabundos del Bronx?

Con todo, un sacrificio que se precie, ha de cumplir una última y fundamental premisa: garantizar que los elegidos trasciendan de este plano de miserias y sufrimientos a un lugar mejor. O, en su defecto y en sociedades menos dadas a dejarse engatusar, que cuanto menos no se les olvide, y que se honre con toda la pompa y el boato precisos su memoria, contribuyendo de este modo a su inmortalidad.

Así que ya lo sabes: si tienes en mente acaudillar a toda una sociedad y les quieres mantener bien mansitos, contrata a un buen spin doctor que te diseñe a medida un storytelling con estos mimbres y no solo conseguirás la suspensión de la incredulidad que te garantizará una feliz dictadura, sino que además conseguirás el sueño húmedo de todo régimen: Que tus súbditos anhelan y se peleen porque sus nombres figuren entre los de los elegidos para la gloria. Y que si no lo son envidien a muerte a los "afortunados".

Entonces, ¿para qué vivimos?

El querer vivir, el gustarnos vivir, es cosa que no necesita explicación. Pero si nos preguntamos cómo queremos vivir, qué pedimos a la vida, qué le hace tener sentido para nosotros, se trata verdaderamente de preguntas que recibirán muchas respuestas diferentes. Unos dirán que quieren amor, otros escogerán el poder, otros seguridad y, otros placeres sensuales y comodidades, mientras que otros preferirán la fama; pero lo más probable es que la mayoría coincidan en decir que quieren ser felices.

Aun entendiéndose la felicidad de modos tan diferentes, la mayoría de los pensadores coinciden en la idea de que seremos felices si se cumplen nuestros deseos o si tenemos lo que queremos. Pero, ¿qué son esas necesidades cuya satisfacción nos hace ser felices? En general existen dos posturas contrarias:

La primera, y casi la única que hoy se defiende, consiste en afirmar que la necesidad es algo enteramente subjetivo: es el afán de conseguir una cosa deseada con tanta ansia que justamente podemos llamar necesidad, y cuya satisfacción nos procura placer. Esta postura no se plantea si la necesidad es de raíz fisiológica (como la sed o el hambre), o si es debida al desarrollo social y cultural del hombre (como la necesidad de refinamientos en la comida y la bebida, o la de gozar del arte y del pensamiento), si es socialmente inducida (como la de fumar o la posesión de joyas, coches caros, o un determinado modelo de teléfono móvil), o si finalmente, se trata de una necesidad patológica, como la de tener satisfacciones sádicas o masoquistas.

Tampoco se plantea esta postura qué consecuencias tiene para el hombre la satisfacción de la necesidad: si enriquece su vida y contribuye a su desarrollo, o lo debilita, lo embota y lo obstaculiza, convirtiéndose en negativa. Las únicas excepciones que suelen hacerse son aquellos casos en que la satisfacción de una necesidad perjudica gravemente a otros o va en detrimento de la propia utilidad social.

Supongamos que una persona siente ansia de dulces y pasteles, engorda y pone en peligro su salud: no dirán que, si el comer es su mayor felicidad, debe seguir comiendo, sin dejarse convencer de que renuncie a este placer; reconocerán que esta ansia es cosa diferente a los deseos normales, precisamente porque daña el organismo. Pero hoy también sabemos de lo patológicas y dañinas que son pasiones como el ansia de fama, de poder, de posesión, de venganza y de dominio, así que, con el mismo fundamento teórico y clínico, podemos calificar de nocivas estas necesidades.

Neurólogos como C. von Monakow, R. B. Livingston y Heinz v. Forester, han señalado que el hombre está dotado neurológicamente de una moral "biológica", en la que se arraigan normas como las de cooperación y solidaridad y la búsqueda de la verdad y de libertad. Las grandes tradiciones tanto del Lejano como del Cercano Oriente, y aún las europeas coinciden en señalar como forma fundamental de expresar la finalidad y el sentido de la vida lo que se denomina como "La Gran Liberación": la liberación del dominio de la codicia (en todas sus formas) y de las cadenas del engaño, las cuales no pueden desligarse del óptimo desarrollo de la razón. Esta relación entre la liberación de la codicia y el primado de la razón es intrínsecamente necesaria. Nuestra razón sólo obra hasta el punto en que no esté sofocada por la codicia. El que está preso de sus pasiones irracionales se encuentra forzosamente a su merced, pierde la capacidad de ser objetivo y no hace más que justificarse cuando cree decir la verdad.

En la sociedad industrial se ha perdido esta idea de la liberación como finalidad de la vida, o más bien se ha mermado y tergiversado. Se ha entendido exclusivamente como liberación de fuerzas exteriores (La libertad es el premio, reza el eslogan de las Loterías del Estado). Y, en efecto, la liberación del dominio exterior es necesaria porque merma al hombre. Pero también la exclusiva atención a ella ha hecho mucho daño: en primer lugar porque con frecuencia ha transformado a los libertadores en los nuevos dominadores, y, en segundo lugar porque la supuesta liberación ha podido ocultar que se estaba creando una nueva opresión, aunque en formas solapadas y anónimas. Y, lo más importante, se ha olvidado por completo que el hombre puede ser esclavo sin estar encadenado.

El aparato sugestionador de la sociedad lo atiborra de ideas y necesidades. Y estas cadenas son mucho más fuertes que la exteriores: porque éstas al menos el hombre las ve, pero no se da cuenta de las cadenas interiores que arrastra creyendo ser libre. ¿Cómo se libra uno de unas cadenas cuya existencia desconoce o, en el mejor de los casos, no consigue identificar aunque las intuya...? El único objetivo realista es pues la liberación total, lo que Erich Fromm, denomina Humanismo Radical (o revolucionario).

La Gran Mentira

Quizás el obstáculo más difícil de superar para aprender el arte de vivir sea lo que el propio Fromm denomina "La Gran Mentira", que no se limita al terreno de la información humana, sino de la cual ésta no es más que una mera manifestación que penetra en todas las esferas de la sociedad y que la ley sólo persigue en sus manifestaciones más burdas y exacerbadas. ¿Cómo podría ser de otra manera en un sistema cuyo principio básico es que la producción se base en el máximo lucro y no en la máxima utilidad para el hombre...? En la esfera política, en la económica, incluso en las artes, hasta las personas más cultas han perdido la capacidad de distinguir entre lo fingido y lo genuino.

El otro motivo que contribuye a la dificultad para distinguir entre lo auténtico y lo falso es la fascinación del poder y la fama. Si la habilidad publicitaria hace famosos el nombre de una persona o el título de un libro, el hombre medio se inclina a creer que no existe un autor o una obra mejores en ese momento. En una sociedad totalmente comercializada, en la que la venalidad y el máximo beneficio constituyen los valores

centrales de todas las cosas, cada uno se ve a sí mismo como un capital que debe invertir en el mercado con la finalidad de obtener el máximo lucro (éxito), y su valor de uso no es superior al de una pasta dentífrica o un medicamento. Poco importa que sea amable, inteligente, creativo y animoso si estas cualidades no me han servido para alcanzar el éxito. En cambio, si no paso de mediocre como persona o como escritor, pero estuviese poseído por un ansia narcisista, resuelta, obsesiva y descarada por aparecer en los medios de comunicación, con un poco de talento fácilmente me convertiré un uno de los "grandes artistas" del momento. El fraude y el engaño no son nuevos: han existido siempre. Pero no ha habido otra época en que tuviese tanta importancia mantenerse en el candelero.

La economía capitalista se basa en el principio de libertad, de comprar y vender sin limitaciones ni cortapisas, de obrar sin restricciones políticas ni morales, excepto las establecidas legalmente, que tienden en conjunto a prevenir que se perjudique deliberadamente a los otros. Este deseo de libertad se arraiga en una gran pasión existencial: el anhelo de ser uno mismo, no un medio para los fines de otros. Pero, poco a poco, con la voluntad de proteger la propiedad, este genuino deseo existencial de libertad fue convirtiéndose en mera ideología. En las últimas décadas, ha empezado a producirse una evolución aparentemente paradójica. El autoritarismo ha disminuido en gran medida en las democracias occidentales, pero con él ha disminuido también la libertad real del individuo. No ha cambiado el hecho, sino la forma de la dependencia.

Al cambiar los métodos de producción y sustituirse el ideal del trabajo y del ahorro por el ideal del consumo ("felicidad"), el individuo ha llegado a ser más débil que nunca, pero no es consciente de su debilidad. Y para protegerse de esta conciencia, individual y socialmente perturbadora, se ha edificado un ideal de libertad "personal" absoluta, ilimitada. Si la primera revolución industrial sustituyó la energía animal y humana por la energía mecánica, la segunda entregó el pensamiento y la memoria a los ordenadores. De esta "liberación" ha derivado el ideal de la pereza absoluta, el horror a cualquier esfuerzo verdadero. Vivir bien es vivir sin esfuerzo. Y cuando no hay más remedio que esforzarse un poco, se cree, por decirlo así, que se trata de algo pasado de moda: sólo se hace si no hay más remedio, nunca voluntariamente.

De este modo, sobre la libertad de la voluntad se ha impuesto la libertad del capricho. Y, ¿cuál es la diferencia...? Un capricho es un deseo que surge espontáneamente, sin ninguna conexión estructural con la personalidad entera ni con sus fines. Negarlo o aplazarlo se considera que va en contra de la propia libertad. Un criterio general del capricho es el responder al "por qué no", en lugar de al "por qué". Resulta que en la nueva concepción de la libertad individual se llevan a cabo acciones porque no hay motivo para no hacerlo, no porque haya motivo para hacerlo: esta es la principal diferencia entre un capricho y un acto de la voluntad. Obedecer al capricho es consecuencia de una honda pasividad interior, añadida al deseo de evitar el aburrimiento.

El mayor escenario donde se representa la ficción de la libertad personal caprichosa es en el terreno del consumo. En este montaje, el mundo es un gran supermercado donde el cliente es el rey. Al cliente-rey le gusta que marcas y personas se inclinen a su paso. Y aunque finge desagrado por la "pesadez" y la insistencia de sus "súbditos", en su fuero interno se siente henchido de orgullo y satisfacción al comprobar cómo todos pugnan por su favor. El cliente-rey parece un hombre poderoso, con entera libertad para elegir entre el detergente A y el detergente B, entre el político A y el político B... En sus delirios de grandeza llega a creer incluso que el sistema socioeconómico en el que vive es fruto de su elección y que podría llegar a sustituirlo por otro si su capricho así se lo exigiese... El cliente-rey no sabe que no tiene ninguna influencia sobre lo que se le ofrece, ni que su supuesta elección no es tal, porque las distintas opciones son, de hecho, la misma, surgidas todas ellas del mismo origen: la realidad.

¿Es real este filete?

Desentrañar la realidad exige no sólo ser consciente de lo que no está oculto. Al igual que la prensa generalista adquiere una nueva dimensión (de pronto, las causas y consecuencias de sus noticias se nos

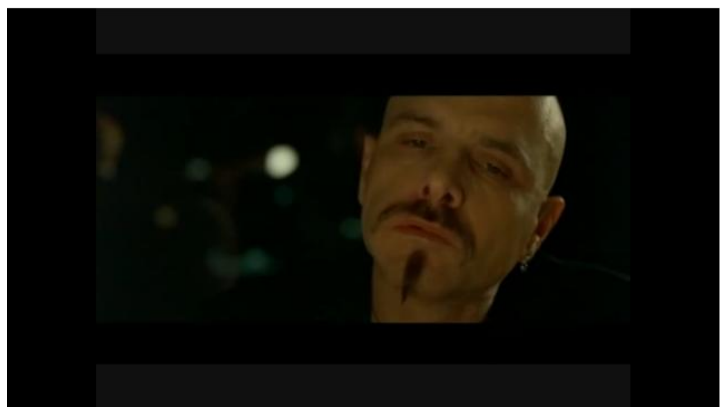
antojan de una transparencia inusitada) si se aborda tras haber leído las páginas asalmonadas de los periódicos financieros, existe otro tipo de conciencia que se adquiere al conocer lo que estaba oculto, cuando se hace un esfuerzo activo porque algo inconsciente aflora. Ese tipo de conciencia es la que el maestro de la meditación budista Nyanaponika Mahathera denominaría *conciencia reveladora*, que sólo está al alcance de los atentos: “la función de la atención es producir una claridad e intensidad de conciencia cada vez mayores y presentar un cuadro de la realidad cada vez más purificado de toda falsificación”, nos expresa en *El Corazón de la Meditación Budista*.

“Como el individuo forma parte de la sociedad y no puede entenderse fuera del tejido social, los engaños sobre esta realidad social afectan a su claridad mental, impidiéndole también liberarse de los engaños sobre sí mismo”. Fueron Marx y Freud quienes, habiendo comenzado la última fase de la sociedad industrial, crearon sus teorías reveladoras más importantes. Marx mostró los conflictos y las fuerzas motrices de la evolución social. Freud atendió al descubrimiento crítico de los conflictos íntimos. Ambos aspiraban a la liberación del hombre a través de su enfrentamiento desnudo con la realidad, tanto la no oculta como la inconsciente. Pero ambas teorías sufrieron el mismo destino: perdieron pronto su cualidad más importante, la de pensamiento crítico y, por tanto, liberador, cuando la mayoría de sus “fieles” partidarios las convirtieron en ideologías, al igual que convirtieron en ídolos a sus creadores.

Si bien la historia ya ha demostrado en diversas ocasiones que, tomando conciencia de la (su) realidad, el hombre puede liberarse de las cadenas del engaño, no está de más que nos preguntemos si tal liberación es o ha sido siempre conveniente. Marx esperaba que si la clase obrera se hacía consciente de su situación podría edificar una sociedad que no necesitaría del engaño (pues él consideraba que las condiciones históricas estaban maduras). Freud, por parte creía que arrojar luz sobre los lóbregos recovecos del subconsciente tendría como consecuencia la curación de la neurosis.

Pero, ¿y si el conflicto no puede resolverse...? ¿No saldrá mejor parado el hombre viviendo engañado, si una dolorosa verdad no le ayuda a liberarse en realidad? Si como Marx y Freud creían, las enseñanzas religiosas eran un engaño, ¿no eran un engaño necesario? ¿Qué habría sido de los hombres, si imposibilitados de alcanzar un orden social más humano, no hubiesen dispuesto de la fe en una vida gozosa y armónica en un paraíso post-mortem. Personalmente descubrí desde muy joven que cuando compartía beligerantemente mis argumentos agnósticos con mi abuelo, lo único que conseguía era hacerle sufrir innecesariamente, pues a él sencillamente no le apetecía afrontar el último tramo de una vida preñada de una injusticia desmesurada, prescindiendo de aquellas creencias sin las cuales no habría podido sostenerse en los momentos más oscuros de su vida.

La mayoría de las personas y de las clases sociales no pueden soportar un desengaño sin solución positiva. Simplemente, no escucharán, no comprenderán, y seguro que no estarán de acuerdo con el desengaño o, como le ocurría a [Cifra en Matrix](#), aún siendo consciente del ardid, prefieren seguir comulgando con filetes binarios, por más que Morfeo le recordase que conocer la verdad tiene un efecto liberador: revitaliza, energiza y despeja



la mente. Como consecuencia, independiza y ayuda a encontrar el propio equilibrio. Podrá uno darse cuenta de que no puede cambiar el orden de las cosas, pero habrá conseguido vivir y morir como un hombre y no como un borrego. No obstante, habrá que admitir que, si evitar el dolor y gozar de las mayores comodidades fuesen los valores supremos, el engaño, en efecto, sería preferible a la verdad.

Personalmente me inclino por pensar que el verdadero fin de la vida es vencer la codicia, el odio y la ignorancia. Claro que, para eso antes tenemos que convencer a Morfeo de que somos conscientes de lo que supondría “despertar”.

De poderoso caballero a único dios verdadero

El hombre no puede existir sin tener. Pero puede existir muy bien con un tener puramente funcional, como lo demuestran los cuarenta mil primeros años de nuestra existencia. Necesitamos un cuerpo, morada, vasijas y herramientas para nuestra supervivencia biológica. También ornamentos, objetos artísticos, así como los medios para producirlos, que requiere nuestra existencia espiritual. Pueden ser de propiedad pública o privada en función de la exclusividad de su uso, pero lo que es innegable es su propiedad funcional.

Con el aumento de la “civilización”, disminuye la propiedad funcional de las cosas: el individuo puede tener varios trajes o vestidos, más de una vivienda, aparatos que eviten esfuerzos, incluso carísimos artefactos de uso residual que realmente no satisfacen ninguna necesidad específica... Posesiones que dejan de ser un medio para la vida y la productividad, transformándose en objetos de consumo pasivo-receptivos. Estas consideraciones muestran que la diferenciación entre el tener de posesión (aquello que se guarda) y el tener fungible (aquello que se gasta) debe atender al doble sentido del uso: el uso productivo relacionado con el tener funcional, y el uso acumulativo y especulativo del tener posesivo, que nos permite ganar sin deber hacer esfuerzo: la propiedad muerta.

En una sociedad centrada en torno a las posesiones, la propiedad muerta concede poder a su dueño. El que tiene mucha propiedad de este tipo suele ser políticamente poderoso, puede influir sobre los demás intimidándolos o comprándolos (algo que Elia, la protagonista de nuestra película de hoy descubre muy pronto). Por tanto, adquiere la posesión de fama o admiración.

Hay sobre esto un precioso comentario de Marx en sus *Manuscritos: Economía y Filosofía: Lo que mediante el dinero es para mí, lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar para mí, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis cualidades y fuerzas esenciales. Lo que soy y lo que puedo no están determinados en modo alguno por mi individualidad. Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más bella. Luego no soy feo, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero. Según mi individualidad soy tullido, pero el dinero me procura veinticuatro pies, luego no soy tullido; soy un hombre malo, sin honor, sin conciencia y sin ingenio, pero se honra el dinero, luego también a su poseedor. El dinero es el bien supremo, luego es bueno su poseedor; el dinero me evita, además, la molestia de ser deshonesto, luego se presume que soy honesto; soy estúpido, pero el dinero es el verdadero espíritu de todas las cosas, ¿cómo podría carecer de ingenio su poseedor? Él puede, por lo demás, comprarse gentes ingeniosas, ¿y no es quien tiene poder sobre las personas inteligentes más talentoso que el talentoso? ¿Es que no poseo yo, que mediante el dinero puedo todo lo que el corazón humano ansía, todos los poderes humanos? ¿Acaso no transforma mi dinero todas mis carencias en su contrario?*

Si el dinero es el vínculo que me liga a la vida humana, que liga a la sociedad, que me liga con la naturaleza y con el hombre, ¿no es el dinero el vínculo de todos los vínculos? ¿No puede él atar y desatar todas las ataduras? ¿No es también por esto el medio general de separación? Es la verdadera moneda divisoria, así como el verdadero medio de unión, la fuerza galvanoquímica de la sociedad. Como el dinero, en cuanto concepto existente y activo del valor, confunde y cambia todas las cosas, es la confusión y el trueque universal de todas las cualidades naturales y humanas.

Aunque sea cobarde, es valiente quien puede comprar la valentía. Como el dinero no se cambia por una cualidad determinada, ni por una cosa o una fuerza esencial humana determinadas, sino por la totalidad del mundo objetivo natural y humano, desde el punto de vista de su poseedor puede cambiar cualquier

propiedad por cualquier otra propiedad y cualquier otro objeto, incluso los contradictorios. Es la fraternización de las imposibilidades; obliga a besarse a aquello que se contradice.

Si suponemos al hombre como hombre y a su relación con el mundo como una relación humana, sólo se puede cambiar amor por amor, confianza por confianza, etc. Si amas sin despertar amor, si tu amor, en cuanto amor, no produce amor recíproco, si mediante una exteriorización vital como hombre amante no te conviertes en hombre amado, tu amor es impotente, una desgracia.

Pareciera como si Gracia Querejeta y su amigo Santos Mercero, se hubiesen basado precisamente en este pasaje de Marx para desechar la idea de que el desenlace de la película, en lugar de adoptar la forma de un miserable torneo de bajezas humanas con final abierto, al estilo del *Festen* de Thomas Vinterberg, *Melancholia* de Lars Von Trier, o *Fuerza Mayor* de Ruben Östlund, se revistiese de tragedia griega haciendo uso del siempre efectista mcguffin con cadáver a los postres.

La propiedad muerta que genera muerte. La propiedad pasiva como promotor de la envidia, generada por una súbita desigualdad entre aquellos que tradicionalmente se consideraban pares. La propiedad consumista que despierta la codicia y fomenta inmorales maquinaciones para la restauración de un statu quo a cualquier precio. La propiedad institucional que lleva a la conformación de lo que Freud bautizó como “carácter anal” y que verdaderamente pareciera haber sido concebida precisamente para sodomizar la libertad del individuo.

Enhoramala a los premiados

No me resisto a pensar que muchos de vosotros encontraréis de una hipocresía supina que me empeñe en equiparar a una virgen vestal y a una ganadora de Operación Triunfo. Sé que podría considerarse de una demagogia insultante pretender hallar analogías entre una doncella escogida de entre los gentiles para albergar en su vientre al dios de nuestros abuelos, y una modesta veterinaria tocada por la fortuna para atesorar en su cuenta corriente al único dios verdadero en la actualidad. Pero lo he hecho... Y os diré por qué. Porque considero que todas estas mujeres comparten (incluso sin ellas ser del todo conscientes) una existencia trágica consagrada al servicio exclusivo de una idea, de una creencia de una fe. Si en Vesta, en la Fama, en Jesucristo o en el Dinero, poco importa. Pues lo realmente relevante es que, de la noche a la mañana, tras la anunciación, dejaron de ser dueñas de sus destinos y hubieron de sacrificar todo lo que hasta ese momento eran para transformarse en recipiente de las esperanzas y los anhelos de sus coetáneos. A través de sus caras, la envidia adquirió un rostro. Por su pasión, voluntariamente aceptada, la llama continúa encendida. La rueda de la vida continúa girando como siempre lo ha hecho: impulsada por las energías de los que creemos desplazarnos, sin darnos cuenta de que en realidad permanecemos en el mismo sitio, porque estamos demasiado ocupados en propinarnos codazos motivados por la envidia, la codicia, el odio y la ignorancia.

Rostros sorprendidos, rostros entusiasmados, rostros bañados en lágrimas de felicidad, rostros de personas que saltan y se abrazan mientras descorchan botellas de champán..., rostros que nunca son el nuestro. “Otro día seré yo –nos decimos al apagar la televisión-, lo importante es tener salud”. Las mismas imágenes se cuelan en nuestro salón desde que tenemos uso de razón. Hubo un tiempo en que este tipo de acontecimientos, como la cosecha, la vendimia, los Reyes..., o la Lotería de Navidad ocurrían una vez al año. Pero actualmente vivimos bajo el signo del “¿por qué no?” y, como en una mala versión de *Atrapado en el Tiempo (Groundhog Day)*, y debido a la asombrosa proliferación de los sorteos, loterías y apuestas del Estado, estas escenas parecieran repetirse en un bucle diario. Desde niños hemos ido recogiendo, una a una, este tipo de secuencias condicionantes, y alicatando con ellas nuestro particular túnel para huir de la pobreza, reforzando al mismo tiempo la creencia de que por la lógica redistributiva del propio sistema tal salida es imposible. Y lloramos nosotros también motivados en parte por la empatía, pero sobre todo por la envidia. La misma que nos obliga a seguir albergando la ridícula esperanza de que algún día será el nuestro el rostro protagonista. Soñamos a la inversa con el día en que todos contemplarán envidiosos y

boquiabiertos cómo es nuestra la cara que desaparece del sistema por esa puerta trasera justo antes de que en la pantalla se lea el consabido “The End” y una música evocadora haga bailar los títulos de crédito.

Al igual que ocurre en las películas que acaban con un apasionado beso de los protagonistas antes del fundido a negro, el final feliz llega tras una enorme tensión argumental y está concebido como una catarsis liberadora en la que el pico emocional alcanza cotas máximas. Salimos del cine dando por hecho que los personajes continuarán entregados a su amor indefinidamente, al igual que apagamos la tele presuponiendo que los afortunados del sorteo del año, del mes, de la semana o del día, seguirán dando botes de alegría eternamente. Sin embargo, la realidad, esa otra realidad no manifiesta y que a nadie parece interesarle, no es así. Y si me he atrevido a realizar la analogía entre los ganadores de un sorteo millonario y las víctimas de los sacrificios de otros tiempos, ha sido precisamente por esas otras escenas que no vemos en la televisión y de las que apenas un puñado de medios se hace eco en [artículos residuales](#).

Derroche, excesos, decadencia moral, adicciones, desequilibrios psicológicos y emocionales, rupturas sentimentales, cambios de lealtades, faltas, delitos, visitas a prisión, aislamiento, e incluso el suicidio, son los destinos que aguardan agazapados tras el rutilante premio a los propietarios de los rostros envidiados. Quienes, de la noche a la mañana, comprueban con estupor cómo los contornos que solían definirles como hijos, hermanos, amigos, vecinos, cónyuges, padres..., comienzan a difuminarse para adquirir siluetas más parecidas a las de los cuernos de la abundancia, los árboles frondosos o las vacas lecheras. [La historia de la multitud de personas](#) que se vuelven millonarias por cuestión de azar repentinamente es también la de [personas engañadas, estafadas, extorsionadas, torturadas, raptadas, e incluso asesinadas](#).

Sería imperdonable por mi parte tratar de convencerlos de que a todos los ganadores de los juegos de azar les aguarda un destino infausto. También hay casos, aunque son los menos, de personas que saben mantener la cabeza fría ante la súbita adquisición de una fortuna. Frente al caso de [Juan, el de su vecino Manuel](#) demuestra un comportamiento mucho más reposado, madurado y cabal. Sin extravagancias. Y, sin embargo, como él mismo reconoce, tuvo que abandonar su pueblo, poner tierra de por medio y, a pesar de haber compartido generosamente una parte del premio con sus más allegados, es consciente de que para algunos nada es suficiente. Dejó pasar el tiempo: que la gente se olvidase o se hiciese a la idea. Hasta que no transcurrieron 16 años no se atrevió a regresar al pueblo. 16 años sin ver a sus vecinos, familiares o amigos, siempre en guardia, rechazando cantos de sirenas y dudosas proposiciones de toda índole. Hay quien, incluso en un caso como el de Manuel, más que el testimonio de un afortunado creería estar leyendo el de un caín apestado, alguien que, sabedor de su ignominia, opta voluntariamente por el ostracismo.

Aparte de que conozcamos o no casos como el de Juan, o nos creamos más listos que Manuel, la probabilidad de que nos toque la lotería es tan baja que casi es nula (de hecho, [algunos economistas dirían que la utilidad esperada es negativa](#)). Según [datos de la OCU](#), el 94% de los apostantes no gana nada, un 5% menos de 500 euros y, sólo un 0,1% algo más de 10.000 euros. Entonces, ¿por qué seguimos apostando...? ¿Acaso somos una sociedad de esperanzados irracionales? Si es así, lo somos la mayoría. Especialmente paradigmático es el caso de España, donde 9 de cada 10 personas invertimos en juegos de azar. Una media que ronda los 500 euros de media al año por habitante (casi el doble que en los países de nuestro entorno). Aproximadamente lo que paga de IRPF un mileurista, convirtiéndose en una suerte de impuesto encubierto, sólo que, en lugar de ser progresivo (como el que grava la renta), este sería regresivo, pues como demuestra este [estudio de Fernando Ramos](#), son las clases más modestas las que más se gastan en apuestas. Para algunos la irracionalidad del juego nace como válvula de escape frente a la frustración. Si apostar se convierte en la última esperanza para superar una situación económica insostenible, no hay cálculo de probabilidades que resista. Los marxistas contemplan en la ilusión del juego la mano negra del sistema y perciben la lotería como un instrumento del poder para hacer creer a las clases trabajadoras que pueden escapar de la pobreza sin hacer la revolución.

Independientemente de que estemos dispuestos o no a prestar al sistema nuestro rostro para continuar perpetuando esta práctica; independientemente de que concibamos o no que detrás de un premio multimillonario se esconde en realidad un sacrificio, que perpetúa y autojustifica una concepción de la vida basada en la felicidad proporcionada por el consumo y la propiedad muerta, de lo que no cabe la menor duda es de que a los estados les sale rentabilísimo fomentar que sus súbditos compitan desmesuradamente (y cuanto más desmesuradamente mejor), por ser sacrificados. Con esto y con todo, aún queda un interrogante sin responder: ¿por qué en España la práctica totalidad de la población está dispuesta a inmolar medio salario anualmente en los templos del azar? La respuesta se halla, como muy sagazmente ha sabido plasmar Roberto Garvía en [Fortuna y Virtud](#), en nuestra particular forma de apostar en grupo. Un sistema creado a finales del siglo XIX por las clases menos pudientes para poder hacer frente al exponencial aumento del boleto con la reforma de la Lotería Nacional. Sin embargo, lo que en principio fue un medio para conseguir un fin, a lo largo del siglo XX, sobre todo durante el franquismo, devino en un fin en sí mismo: una manera de cristalizar vínculos y de destacar dentro de los distintos grupos.

De nuevo nuestra vieja amiga la envidia invitándonos a entrar en su laberinto (palabra que en griego designa "el lugar de los labrys", hachas cretenses famosas por su doble filo). Pues lo que comenzó siendo un efectivo generador de envidia (ese "y yo más" tan nuestro), pronto se transformó en una neurotizante arma, que se volvió en contra nuestra, a partir del día en que comenzamos a jugar a la lotería motivados por la inquietante idea de que pudiese tocarle a alguien de nuestro entorno con quien no hubiésemos intercambiado una participación. Llegamos a la esquizofrénica conclusión de que estamos muy lejos de esos emotivos anuncios de televisión en los que compartimos un décimo de lotería con diversos familiares y amigos para estrechar y refrendar el amor de los lazos que nos unen. Como muy lucrativamente supo explotar la [campaña publicitaria](#), destinada a fomentar la compra masiva de billetes de Lotería de Navidad en 2014, no nos aterra tanto la posibilidad de invertir irracionalmente un dineral en participaciones, como que la "suerte" pase por nuestro lado, ignorándonos, mientras propicia los saltos y gritos de alegría de aquellos a que formaban parte de nuestro círculo hasta hace unos instantes, cuyos rostros conocemos a la perfección y que, a partir de ahora, no nos quedará más remedio que envidiar amargamente. Eso sí: sin perder la sonrisa. No vayan a sospechar que tramamos algún tipo de venganza contra ellos...